

GEORGE R.R.
MARTIN

JOHN J. MILLER

WILD CARDS

LA MANO DEL MUERTO



Chrysalis es la reina de los bajos fondos de Jokertown. Dueña del popularísimo club nocturno El Palacio de Cristal, trafica con información y conoce los peores secretos de ases y jokers de todo el país, y su piel transparente la vuelve tan misteriosa como repulsiva.

El mundo de los metahumanos se cimbra cuando Chrysalis amanece asesinada. Ahora Popinjay, el talentoso e irritante detective privado, y Yeoman, el fugitivo maestro del arco y la flecha, deben averiguar quién mató a la princesa en su palacio. Su investigación se verá obstaculizada por fuerzas oscuras que nos permitirán que salgan a la luz los negocios más lucrativos y los hilos invisibles de la política en Jokertown.

Para Mary Mertens

Nota del editor

Wild Cards es una obra de ficción ubicada en un mundo completamente imaginario, cuya historia avanza de manera paralela a la nuestra. Los nombres, personajes, lugares e incidentes abordados en Wild Cards son ficticios o fueron usados dentro de una ficción. Cualquier parecido a hechos actuales, lugares o personas reales, vivas o muertas es mera coincidencia. Por ejemplo, los ensayos, artículos y otros escritos contenidos en esta antología son completamente ficticios, y no existe la intención de implicar a escritores actuales, o afirmar que alguna de esas personas alguna vez escribió, publicó o participó en los ensayos, artículos u otros textos ficticios contenidos en esta antología.

Lunes 18 de julio 1988

barajagris

5:00 a.m.

LOS ÁRBOLES SE MOVÍAN, PERO NO SOPLABA EL VIENTO

No sabía cuánto tiempo llevaba caminando ni cómo había ido a parar a aquel lugar, pero ahí estaba, él solo, y tenía miedo. Era de noche, la noche más larga y oscura que había conocido jamás. La luz de la luna pintaba el paisaje con sombras de negro y gris, pero la luna se hinchaba de modo obscuro, mientras exhibía los colores de la carne en corrupción. La miró una sola vez y, por un terrible instante, le pareció que palpitaba. Supo que no debía volver a mirarla. Pasara lo que pasara, no debía volver a mirarla.

Caminaba. Sin cesar, caminaba. La hierba gris y rala parecía aferrarse a sus pies descalzos con cada paso, metiendo sus hojas grasientas entre los dedos. Y los árboles se movían. Sin viento, se movían. Ramas largas y crueles, desprovistas de hojas, se retorcían y agitaban a su paso, y le susurraban secretos que no quería conocer. Si se detuviera un momento, podría oírlas con claridad y entenderla. Y a

continuación, sin duda, se volvería loco. Caminaba sin cesar.

Bajo aquella luz dulzona y enfermiza que arrojaba la luna, se despertaron cosas que no soportaban ser pensadas. Grandes alas de cuero se batían en el aire y llenaban la noche de olor a podredumbre. Formas esqueléticas de arañas leprosas y putrefactas iban deslizándose entre los árboles, ocultas a la mirada, con las patas haciendo ruidos suaves al avanzar, sin ser vistas pero sin alejarse de él. En una ocasión, un gemido largo y profundo estremeció el paisaje, y aumentó en intensidad hasta que los mismos árboles se quedaron quietos, en silencio, temerosos.

Cuando la sensación de pavor se volvía tan espesa que creyó ahogarse en ella, de pronto vio el quiosco del Metro delante de él.

Se alzaba en medio del bosque, bañado por aquella horrible luz de luna, pero él supo que el quiosco pertenecía a ese lugar. Se echó a correr hacia él, pero avanzaba despacio, como si cada paso tomara una eternidad. Poco a poco fue distinguiendo la boca del quiosco. Ahí estaban los escalones que bajaban a la oscuridad, el barandal desgastado, los signos familiares, como un llamado para volver a casa.

Por fin alcanzó las escaleras, justo cuando sentía que no podía correr más. Se escuchaban ruidos detrás, pero no se atrevía a volver la mirada. Empezó a bajar por los escalones, aferrando el barandal, con un alivio que le aflojaba el cuerpo. Le pareció que descendía un largo trayecto. A lo lejos se oía un rumor lejano de trenes que cruzaban espacios oscuros, mucho más abajo que él. Seguía descendiendo. Volvió a sentir el sabor del miedo. Los escalones se curvaban en torno a sí mismos, una espiral que se perdía en las profundidades.

De pronto, bastante más abajo de donde él se encontraba, vio a otro pasajero que descendía. Apresuró la marcha, con los pies descalzos resonando sobre los escalo-

nes de piedra, bajaba y giraba por la escalera, y lo volvió a ver: un hombre corpulento con un pesado abrigo negro. Trató de llamarlo, pero en aquel lugar no pudo encontrar su voz. Corrió aún más rápido. Siguió corriendo hasta que le sangraron los pies. Los escalones se hacían cada vez más estrechos.

La escalera se abrió de repente y entró a una plataforma larga y estrecha suspendida en una vasta oscuridad, una negrura que se tragaba toda la luz. El otro hombre estaba ahí de pie, en la plataforma. Las proporciones de su cuerpo tenían algo de raro, había un elemento perturbador en su manera de estar ahí, silencioso y encorvado. Entonces se volvió hacia él, y Jay le vio la cara, un cono blanco sin rasgos que en la punta tomaba la forma de un tentáculo rojo y húmedo. Alzó la cabeza y se puso a aullar. Jay gritó...

... y se despertó en una habitación oscura que olía a orines...

—*Maldita sea* —murmuró.

Su corazón sonaba como un baterista de rock enajenado por anfetaminas, su ropa interior estaba empapada en sudor y se había orinado en la cama. Su sueño recurrente había sido de verdad horrendo.

Jay tanteó en busca de la mesita de noche, deslizó las piernas sobre el borde de la cama y se sentó, a esperar que la pesadilla se desvaneciera.

Parecía tan *real*. Pero siempre era así. Desde que era niño tenía el mismo maldito sueño. Cuando comenzó a despertarse gritando dos veces por semana, sus padres desterraron a H. P. Lovecraft del librero y tiraron a la basura su valiosa colección de cómics E. C. Esas medidas resultaron inútiles, el sueño permaneció. En ocasiones, desaparecía durante meses. Cuando creía haberse librado de él para siempre, regresaba con furia para atormentarlo mientras dormía noche tras noche. Pronto iba a cumplir los cuarenta y cinco años, y el sueño era igual de vívido que la primera vez.

Siempre consistía en lo mismo: la larga caminata por el bosque de pesadilla, el viejo quiosco del Metro de Nueva York, el interminable descenso a las profundidades de la tierra y por último la cosa con cara de cono en la plataforma. A veces, justo después de despertar, Jay creía que había más cosas en el sueño, cosas que se le olvidaban, pero, si eso era cierto, prefería no recordarlas.

Jay Ackroyd se ganaba la vida como detective privado. Guardaba un saludable respeto hacia los sentimientos de miedo que le habían salvado la vida en un par de ocasiones, pero no se atemorizaba con facilidad, al menos no cuando se encontraba despierto. Sin embargo, abrigaba un terror secreto: que una noche se encontrara de pie en la plataforma, y que la cosa con cara de cono se volviese hacia él, alzara la cabeza y aullara... *y él no lograra despertar.*

—Al carajo, no, gracias —dijo Jay en voz alta.

Miró el reloj. Pasaban unos minutos de las cinco de la mañana. No tenía caso intentar dormirse de nuevo. Tenía que estar en el Palacio de Cristal en menos de dos horas. Además, a no ser que sufriera un ataque al corazón, después de aquel sueño le era imposible cerrar de nuevo los ojos.

Jay deshizo la cama, y amontonó sábanas, cobijas y ropa interior en la bolsa de ropa sucia para lavarlas en la primera oportunidad. Durante una o dos semanas, según cuánto durase el trabajo que le había encomendado Chrysalis, iba a dormir entre las sábanas del Palacio de Cristal. Esperaba con cierta aprensión que por un tiempo no lo asediara la pesadilla. Pensó que a Chrysalis no le iba a agradar enterarse de que su nuevo guardaespaldas tenía una pesadilla recurrente que lo afectaba al grado de orinarse en la cama. ¡Sobre todo si ella estaba en la cama también cuando él la mojara! Jay llevaba años de desear a Chrysalis, pero ella no sucumbía a sus encantos. Abrigaba la esperanza de que este trabajo ofreciera la ocasión. ¡El cuerpo de ella estaba tan vivo! Bajo su piel transparente se veía

correr la sangre por sus venas, se sugerían los movimientos fantasmales de sus músculos y se observaba la manera en que sus pulmones funcionaban dentro de la caja torácica. Además, tenía unas tetas magníficas, aunque fueran casi invisibles.

Abrió la ventana para ventilar la recámara, aunque los olores que ascendían por el respiradero de su departamento en el tercer piso eran igual de desagradables que los del cuarto. Después de un baño prolongado en su tina con patas, se secó el cuerpo con una toalla de playa que ostentaba una estampa raída de Opus el Pingüino.

En el cajón superior de la cómoda, Jay encontró un calzón bóxer limpio. Enseguida fue al clóset y miró sus trajes. Tenía uno de lino blanco, arrugado conforme a la moda, uno de Brooks Brothers de tres piezas, color gris carbón, otro de rayas hecho a su medida en Hong Kong. Hiram Worchester le había dado los tres. Hiram siempre procuraba que Jay anduviera bien vestido. Eso le procuraría mayor respeto, le aseguraba Hiram.

—Soy un investigador privado. Me siento en autos estacionados y en tiendas de donas. Tomo fotos Polaroid a través de las ventanas de los moteles. Soborno a los porteros para que me dejen esconderme en los arbustos. No quiero llamar la atención. Si hicieran un traje estampado con el papel tapiz del Holiday Inn, me compraría seis de ellos.

No obstante, cada navidad, Hiram le regalaba otro maldito traje.

Parecía que iba a hacer calor. Jay tomó una camisa blanca de manga corta, un pantalón color café para hacer juego con su pelo y un saco beige. Nada de corbata. Odiaba las corbatas.

7:00 a.m.

BRENNAN DESPERTÓ DESPUÉS DE DORMIR PROFUNDAMENTE, SIN sueños, al tiempo que la luz del sol del amanecer entraba por la ventana y le bañaba el rostro. Jennifer Maloy se dio la vuelta, murmurando, cuando él se deslizó en silencio para salir de abajo de la sábana que los cubría a ambos en el futón y, sin hacer ruido, se acercó a la silla donde había dejado su ropa. Se puso unos shorts, una camiseta y sus zapatos deportivos, y salió callado por la puerta de atrás.

Había salido el sol, y la tierra se iba despertando, húmeda de rocío y cargada de los aromas vivos de una limpia mañana en el campo. Brennan tomó aliento, se llenó los pulmones de aire fresco y se estiró para ir calentando su cuerpo para la diaria carrera.

Corrió frente a la casa con techo a dos aguas, y al alcanzar el camino de grava redujo el paso a un trote. En el entronque con la carretera, giró a la izquierda, lo que dispersó a los conejos que jugaban en el jardín, y pasó el signo que anunciaba VIVEROS Y JARDINERÍA PAISAJÍSTICA ARCHER. Se sentía vivo y limpio, en paz consigo mismo y con el mundo, al principio de otro hermoso día.

Al no obtener respuesta después de llamar tres veces, Jay entró en el Palacio de Cristal.

La puerta no estaba cerrada. Eso lo sorprendió. Era cierto que Chrysalis lo estaba esperando, claro, pero también se prevenía de posibles agresores. De no ser así, ¿para qué molestarse en contratar un guardaespaldas? Cuando hay peligro, se echa el cerrojo. Jay asomó la cabeza a la oscuridad del bar de cervezas.

—¿Hay alguien en casa? —llamó sin alzar la voz—. ¿Chrysalis? ¿Elmo?

No obtuvo respuesta.

—¡Genial! —murmuró.

Era obvio que a Chrysalis le urgía que la cuidara un guardaespaldas. Consideró encender la luz, cambió de opinión y prefirió esperar a que sus ojos se ajustaran a la oscuridad. Poco a poco, los rasgos familiares de la habitación emergieron de la penumbra. Sillas de respaldo recto volteadas sobre pequeñas mesas redondas. La barra a lo largo de un muro, con estantes de botellas detrás, sobre un largo espejo plateado como fondo. En el espacio intermedio, estaban los apartados. Y en la parte de atrás, al fondo, separada del resto, la mesa antigua en la alcoba privada donde Chrysalis en persona gobernaba su corte y bebía su amaretto.

Por un instante, en la media luz de la mañana, Jay creyó verla sentada ahí, envuelta en sombras, con su fina boquilla para cigarros sostenida en dedos esqueléticos y lentas volutas de humo visibles a través de la carne diáfana de su garganta cuando sonreía echando atrás la cabeza.

—¿Chrysalis? —dijo, mientras avanzaba despacio por el salón.

Pero cuando llegó a la alcoba la silla estaba vacía.

Un extraño escalofrío le recorrió el cuerpo.

Ése fue el momento en que Jay lo supo.

Se quedó quieto junto a la mesa, escuchando, mientras recordaba lo que sabía sobre el Palacio de Cristal. Chrysalis vivía en el tercer piso, y sus habitaciones estaban llenas de antigüedades victorianas de alto precio.

Elmo, el enano cadenero de Chrysalis, vivía en el segundo piso, igual que Sascha, el telépata sin ojos que atendía el bar. Todos los espacios públicos estaban en el primer piso, junto a su oficina. Jay decidió comenzar por ahí.

La oficina se ubicaba en la parte de atrás del edificio, bajo las escaleras. La puerta con ornamentos labrados era de madera y tenía una manija de cristal cortado. Jay sacó un pañuelo arrugado de su bolsillo y con cuidado dio la vuelta a la manija usando dos dedos. La puerta se abrió.

La habitación no tenía ventanas y estaba a oscuras, pero Jay no necesitó luz para saber lo que iba a encontrar. La muerte tiene su propio olor. El aroma a cobre de la sangre, la peste sudorosa del miedo, el olor a mierda. Había olido todo eso en otras ocasiones. El miasma estaba ahí, lo esperaba, y por debajo de eso todavía se percibía el perfume de ella.

—Malditos sean —dijo Jack en voz baja, sin dirigirse a nadie en particular.

Alargó el brazo y encendió la luz, con el pañuelo aún en la mano.

En otras ocasiones esa habitación le había parecido encantadora: suelo de madera pulida, una hermosa alfombra oriental, un escritorio de roble sólido más viejo que él, sillones forrados de cuero que parecían provenir del club de hombres más antiguo del mundo.

Las sillas estaban destrozadas, con las patas de madera quebradas y astilladas, la tapicería de piel desgarrada en jirones. Tres de los libreros altos derribados; uno de ellos se había roto por la mitad. Las astillas en el lugar donde estaba la rotura eran largas y pálidas como hojas de cuchillo. Se veían libros tirados por todas partes.

Chrysalis yacía de espaldas, extendida sobre los fragmentos estrellados de un sillón, en un montón caótico de trozos de cojines y patas rotas. El enorme escritorio de roble estaba volcado sobre la parte superior del cuerpo, y ocultaba su rostro. Iba vestida de jeans y una sencilla blusa blanca, sobre la cual había pequeñas salpicaduras de sangre. La pierna izquierda estaba doblada por la rodilla en dirección indebida, y un pedazo enrojecido de la tibia asomaba atravesando la mezclilla. Jay se acuclilló junto a su mano izquierda. Podía ver los huesos de sus dedos a través de la piel suave y clara y de las líneas fantasmales de los tendones. Cada uno de sus cinco dedos estaba quebrado, el anular en dos lugares; su piel cristalina estaba inundada del resplandor rosado de los vasos capilares rotos. Jay tomó

los dedos fracturados con la mano. Quedaba un poco de calor aún en su cuerpo, pero la sentía enfriarse mientras la tocaba.

Un momento después le soltó la mano y trató de alzar el escritorio de su cuerpo. Pesaba mucho. Con un gesto de dolor empujó con más fuerza, entre gruñidos, y logró enderezarlo. Sólo cuando logró poner el escritorio contra la pared se volvió a mirar a Chrysalis.

Su cara había desaparecido.

El cráneo, más que aplastado, estaba aniquilado. El cojín del respaldo estaba pegajoso de sangre seca. Partes de los sesos se escurrían entre fragmentos de huesos. Todo era rojo y húmedo. Bajo lo que quedaba del sillón se había formado un pequeño charco de sangre que rezumaba de la alfombra oriental. Jay alzó la mirada y vio más sangre, regada sobre el frente del escritorio, en la parte de abajo de las paredes y alrededor del interruptor de la luz. El papel tapiz antiguo de la habitación era de un lúgubre color púrpura, muy Victoriano; era difícil distinguir las salpicaduras de sangre, pero ahí estaban si se miraba bien.

Jay se levantó e hizo un intento por no sentir nada. Había visto cadáveres, más de los que le agradaba recordar, y Chrysalis llevaba mucho mucho tiempo metida en juegos peligrosos. Guardaba demasiados secretos. Tarde o temprano, tenía que sucederle algo así.

Examinó la posición del cuerpo, registrándola en la memoria. Eso ya no era Chrysalis, sino un montón de carne muerta, evidencia. Después de ver todo lo que podía observarse, dirigió su atención al resto del cuarto. Fue entonces cuando notó el pequeño rectángulo de cartón a un lado de su muslo izquierdo.

Se movió alrededor de ella y se agachó para mirar más de cerca. No lo tocó; no era menester. No había una gota de sangre y estaba cara arriba. Una carta de la baraja.

El as de espadas.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó.

Estaba cerrando la puerta de la oficina tras él cuando oyó pasos que se acercaban por las escaleras. Jay se pegó de espaldas a una pared y esperó. Poco después un hombre esbelto con un bigote muy fino apareció en el corredor. Llevaba pantuflas y una bata de seda, y en el lugar de los ojos su piel era lisa y pálida. Giró despacio la cabeza hasta mirar en la sombra a Jay.

—Puedo ver tu mente, Popinjay.

Jay dio un paso adelante.

—Llama a la policía, Sascha —le dijo—. Y no me digas Popinjay, carajo.

8:00 a.m.

BRENNAN SUBÍA POR LA PENDIENTE, CON EL CUERPO INCLINADO, los brazos moviéndose como pistones, respiraba con facilidad y aceleraba cerca del final de su recorrido que lo había llevado por colinas del bosque y a través de prados cubiertos de rocío. La ruta variaba, pero siempre terminaba en el camino de tierra que lo conducía, cubierto de sudor y con un cansancio agradable, a la entrada de grava junto al signo VIVEROS Y JARDINERÍA PAISAJÍSTICA ARCHER.

Brennan culminó su carrera con un sprint de alta intensidad hacia la parte trasera de la casa. Dejó pasar varios minutos para enfriarse y acompasar la respiración. Enseguida se plegó en una postura cómoda de meditación y contempló el *kare sansui*, el lecho de grava rastrillada que ondeaba como agua congelada bajo una brisa matinal. En la grava se anidaban tres triadas de rocas. Brennan pasó un rato atemporal hundido en una piscina de zazen, sin examinar las rocas ni sus sombras, ni las pautas formadas por el mus-

go al crecer en su superficie, después de lo cual se alzó con suavidad, relajado y listo para emprender el día.

Entró en la recámara, donde no había más muebles que el futón sobre el piso de madera pulida, un sillón cómodo con una lámpara de lectura, una mesita cargada de libros apilados y un cesto grande para la ropa. Jennifer se había levantado ya. Oyó el agua correr en la ducha del baño de la recámara. Brennan se quitó la camiseta empapada de sudor y la echó al cesto, mientras cruzaba la habitación que funcionaba como combinación de oficina y sala de estar. Encendió la televisión para oír las noticias de la mañana y la computadora para consultar su agenda.

Miró el televisor mientras la computadora buscaba el archivo. Casi todas las noticias hablaban de la convención nacional del Partido Demócrata que iba a tener lugar ese mismo día en Atlanta. No había sucedido nada sustancioso aún, pero los análisis y las predicciones ya parecían inflados de exageraciones.

El favorito era Gregg Hartmann, pero su nominación sería muy disputada, en particular por un hombre opuesto a él en creencias y filosofía política, el reverendo Leo Barnett.

A Brennan todos los políticos le inspiraban desconfianza, pero si pudiese votar, lo haría por Hartmann, un hombre que parecía ser honesto y compasivo, sobre todo si se le comparaba con el demagógico Barnett.

Hartmann tenía el apoyo de muchos jokers. Las cámaras de los noticieros hacían panorámicas de los parques públicos de Atlanta, donde estaban reunidos por millares con la finalidad de hacer mucho ruido para mostrar a la nación la profundidad del apoyo al senador.

Brennan vio unas cuantas entrevistas con el joker de la calle, y bajó el volumen del televisor para atender la pantalla de la computadora. Abrigaba los mejores deseos respecto a Hartmann y sus seguidores, pero el día avanzaba y él tenía sus propias preocupaciones.